

EL 77

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

Fue a mediados del siglo pasado, exactamente en 1.956, cuando mi madre me llevó desde mi pueblo, Villoria de Órbigo-León- al colegio de Padrón.

Tenía entonces 6 años y por ser tan pequeño de edad y más aún de tamaño, enseguida me pusieron el apodo cariñoso de Cuchifritín. Mas tarde me quedé solo con Cuchi, el 77, porque al igual que en mi pueblo, en Padrón todos teníamos un apodo, pero además un número que muchos recordamos todavía.

Gabriel Martínez Lavilla, el 18, seis años mayor que yo, fue quien primero se ocupó de mí.

Aquel día en que mi madre me dejaba en el colegio llorando sobre un banco de madera que había al lado de la capilla, Gabi se acercó para consolarme. Previamente se había informado de parte de mi vida preguntándole a mi madre y muy resuelto me dijo: “Deja de llorar, Toñin, que soy tu hermano Manolo y estoy aquí junto a ti”. Con una impresionante cara de asombro le miro de reojo y pienso: “pues no te pareces en nada”; pero como en caso de necesidad te agarras a un clavo ardiendo, yo me agarré a Gabriel, quien desde entonces y hasta hoy es como mi hermano mayor.

El año en que Gabi dejó Padrón le encomendó mi custodia a Manolito Delgado Almellones, el 58, el más fuerte de mi clase. Creo que Manolito se encontraba orgulloso con su “cargo” pues de vez en cuando decía: “ojo con tocar a Cuchi, que me ha dicho Gabriel que lo cuide”.

Y así fue como transcurrieron mis años en Padrón, con la tranquilidad de pensar que nadie se metería conmigo a pesar del miedo que siempre tuve a Juan Moruno, el 121. Pero en honor a la verdad debo decir que nunca me molestó.

A los doce años, según me recordaba Antonio Povedano, el 73, rompí la rótula saltando el potro en clase de gimnasia. Aquello hizo que tuviera que pasar todo el verano en el colegio con las monjas, porque tenía que ir al hospital militar de Santiago cada poco.

Fue un verano inolvidable en todos los sentidos porque yo era el único alumno y por tanto el centro de atención de los mayores. Alicia me cogía de

vez en cuando y acurrucándome en su regazo yo me encontraba en la gloria sintiendo sus pechos y sus besos en mi cara. Las monjas me mimaban todas y Sor Carmen me regaló un precioso peón con su cordelilla que aún conservo todavía. Mi madre fue a visitarme y me llevó la escopeta de balines con la cual me entretenía por la huerta del colegio. También Gabi fue con su novia Merche, su actual esposa. En definitiva un verano extraordinario.

No todo fue vida y dulzura en Padrón, ciertamente, pero afortunadamente lo bueno superó a lo malo y en muy poco tiempo aquellas primeras lágrimas se convirtieron en risas; risas que en una ocasión, por cierto, me costaron pasar la noche encerrado en un calabozo de la estación de tren de Valladolid de lo cual tengo por testigo a Isidro Abajo Alonso, el hermano de Andrés.

Cuando en el CHOE nos castigaban en el aula sin salir al recreo, mis compañeros decían: “venga Cuchi, sal a contarnos historias”. Y yo subía a la tarima fabulando mis aventuras que todos creían pura invención sin sospechar que casi todo era cierto, como la noche encerrado en Valladolid, simplemente por reírme. Por cierto que hoy revelaré el secreto de mi risa permanente.

Tendría yo diez años más o menos cuando vi la película de “Marcelino pan y vino” y la escena que más me impresionó fue cuando el Cristo desde la cruz le habla al niño en la iglesia.

Las monjas, Hijas de la caridad, aparte de una corneta blanca en la cabeza, tenían un enorme crucifijo de madera anudado en un cordón a la cintura. Cuando las saludábamos por la calle teníamos que besarle el crucifijo.

La primera vez que yo lo besé, recuerdo que estaba algo triste, y al acercarme a besarle sentí como aquel pequeño Cristo, desclavando su mano de la cruz, me acarició la cara y me dijo suavemente: “ánimo Cuchi, alegra ese rostro”.

Nunca supe exactamente si fue cierto o lo soñé pero a partir de entonces he procurado siempre ir alegre por la vida tratando de animar a todo quien quiera oírme con esta y otras historias.